

Panel N° 3

PLURALISMO MONÁSTICO

San Benito comienza el cap. 40 de su *Regla*, citando las palabras de San Pablo a los corintios “Cada uno recibe de Dios un *don particular*, éste de un modo, aquél de otro”. *1 Co 7,7*.

1. *Los dones de Dios*, es decir los *carismas* que el Espíritu Creador distribuye a su gusto, son la *causa del pluralismo* tanto en la Iglesia como en las comunidades monásticas. Al mismo tiempo, el Espíritu Santo es el vínculo del amor que mantiene a los diversos miembros con sus dones multiformes en la unidad del Cuerpo de Cristo.

Pluralismo se opone a *uniformidad*, pero no a *unanimidad*. La uniformidad es sólo apariencia de unidad; la *unanimidad* es la *integración* de cada persona con sus dones específicos en la *realización común*. *El pluralismo es la unidad vivida en profundidad*.

2. Es preciso que estemos abiertos a las “sorpresas del Espíritu Santo”; debemos ser sensibles a la acción del Espíritu para poder recibir y aprovechar los múltiples dones que enriquecen y no diluyen la comunidad. La apertura total, la prontitud para escuchar, son actitudes que brotan del recogimiento y de la unificación de nuestra existencia, centrada en Jesucristo.

El clima de recogimiento abre una puerta para la comunicación con el Señor. La comunicación con Dios, a su vez, es generadora de unidad entre los hermanos, entre los miembros de una comunidad y entre diversas comunidades. La verdadera comunicación tiende a profundizarse y extenderse. Ella enraíza y vincula. Es nuestro “deber y salvación” construir la comunidad.

Donde falta la verdadera comunicación, sólo puede haber realizaciones periféricas. Podemos asombrar con obras humanas: una hermosa liturgia, investigaciones científicas, grandes colegios, promoción de los pobres... pero, después de un tiempo, todo cae en la rutina y hasta se desmorona, pues el edificio había sido edificado sobre la arena, sin relación con la fuente. Donde abundan las “palabras de sabiduría humana” se corre el riesgo de encubrir la única Palabra que vivifica la construcción.

3. Se ha interpretado a veces el monaquismo como “una recordación de la Iglesia primitiva”. La Iglesia primitiva se caracterizó de modo eminente por los dones carismáticos de carácter misionero, expresión de la voluntad salvífica de Dios. Luego los dones del Espíritu Santo, en primer lugar, el don del testimonio de la fe, del llamado a la conversión, de la alabanza de Dios, del servicio al prójimo. (cf. *1 Co 12,8-10; Rm 12,6-8*). La Iglesia primitiva puede ser considerada como un movimiento misionero, a partir del acontecimiento de Pentecostés, de la experiencia de la plenitud del Espíritu que llama a la unidad en la diversidad de todos los pueblos.

Si nos abrimos al soplo del Espíritu entraremos en ese movimiento misionero. El Espíritu dilata nuestro corazón por el amor que se volcará en todos.

Nuestro trabajo misionero debe ser *ad intra* y *ad extra*. Quiero decir que, en primer lugar, la comunidad debe cuidar de sus propios miembros: “para enmienda de los vicios, conservación de la caridad, progreso en la fe y en la conversión” (cf. RB Prol. 45-50), pues los males espirituales y los problemas psíquicos pesan e impiden o disminuyen el crecimiento y la

irradiación misionera de la comunidad. Cada uno precisa, por lo tanto, alcanzar su liberación para llegar a la libertad de los hijos de Dios. Cuanto más libres sean los miembros tanto más fácil será que cada don se integre en el trabajo de conjunto para la edificación de la comunidad,

Una comunidad que progresa más y más en la común-uniión de sus miembros, aceptando y aprovechando los diversos dones de cada uno, una comunidad que se centra en Jesucristo, el Enviado del Padre, el “misionero”, se convierte en *signo atrayente e instrumento eficaz* del Reino de Dios. Tal comunidad no será un conjunto de “especialistas” que realizan actos parciales de nuestro carisma común; por el contrario, será una comunidad evangelizadora que obra realizaciones globales por los dones diferentes, pero complementarios y convergentes, de sus miembros. Realiza obras fontales, porque serán el fruto de la contemplación, de su unión con la raíz, “el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (cf. *Rm 5,5*). No podemos quedarnos sólo en la raíz, sin apotecer los frutos, ni obtener frutos sin cuidar la raíz.

4. Nuestras comunidades permanecerán vivas y vigilantes sólo si escuchan la voz del Espíritu y si, a la luz de su Palabra profética, revisan continuamente su vida: “Quien tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (cf. *Ap 2,3*).

Voz del Espíritu son los dones que cada uno recibe, conserva y desarrolla en la comunidad, aceptado por los hermanos sin rivalidades, sin miedo, sin inhibiciones.

Voz del Espíritu son los llamados que vienen de la Iglesia local por los pedidos de sus pastores, por las expectativas de aquellas personas que nos solicitan.

Precisamos flexibilidad, dinamismo constante, docilidad y obediencia, esto es, entusiasmo en la perspectiva de lo provisorio y continuidad en la perspectiva de la esperanza (Roger Schutz).

Entonces, nuestras comunidades serán “minorías creadoras” que podrán ofrecer al mundo “experiencias-piloto”. El mundo debe poder ver en nuestras comunidades lo que podría ser la humanidad si acogiese a Jesucristo como al Salvador del mundo. Solamente Jesucristo puede cambiar en profundidad el corazón humano y por consiguiente, las estructuras. Solamente su Iglesia, posee, por el Espíritu, el poder de renovar la faz de la tierra habitada. Y la Iglesia ejerce esta misión suya por medio de las pequeñas comunidades cristianas, entre ellas, nuestras comunidades monásticas. Un grupo que acepta a Cristo como el Liberador de todos los males y cree en el poder transformante de su Espíritu, adquiere una energía espiritual que evidencia el poder de Dios. Ese poder de Dios se manifestará en realizaciones multiformes, adaptadas a las exigencias de tiempo y de lugar. Tal comunidad pertenece a las “minorías creadoras” capaces de transformar el mundo.

Olinda - Brasil